

ANDREA ABREU

Esto es pa lluvia

La noche de San Juan mi abuela formó una fogalera gigante. La hizo en el medio de la güerta y tenía varios metros de altura. La noche de San Juan no se podía respirar, porque todo el mundo quemaba la yerba seca que había acumulado en el año. A la manta de nubes que normalmente estaba acechando sobre el barrio se le sumaba la humacera y ya todo era como una masa blanca y pesada que se pegaba a la piel. Del cielo llovían papeles y trozos de gomas de los coches. Estaban abuela, tío Ovidio, mi padre y mi madre. Desde la azotea de abuela se podía ver todo el barrio lleno de puntitos de fuego. Las aldoriñas estuvieron toda la tarde volando arrebatadas, chillando, mientras abuela y papi echaban los escombros que habían sobrado de construir cosas durante el año y toda la yerba que habían arrancado. Esto es pa lluvia, decía todo el tiempo tío Ovidio mirándolas volar descontroladas, esto es pa lluvia.

Andrea Abreu, *Panza de burro*.

ANA BELTRÁN

Una plaga llovida del cielo

La primavera se había adelantado en la atmósfera, y el olor del azahar se mezclaba con el que emanaba el heliotropo, que crecía frondoso apretándose al naranjal en la huerta de abajo, mientras que en la de arriba, el trigo, todavía tierno, empezaba a marchitarse por la falta de lluvias. Eso hacía que mi abuelo se desesperara, sin saber qué hacer para que no se perdiera la cosecha. Lo único que se le ocurría era ofrecer novena tras novena al santo de los labradores, sin que éste le hiciera ningún caso.

En la iglesia también se hacían novenas, y hasta rogativas se llegaron a hacer, sacando a los santos en procesión para que vieran los campos achicharrados por el sol que pegaba con fuerza antes de tiempo. Pero esto tampoco hizo ningún efecto, lo que daba pie al cura para arremeter contra los labradores, diciéndoles que lo que tenían que hacer era ir a misa todos los domingos, cumplir con el precepto como buenos cristianos, y no acordarse de Santa Bárbara sólo cuando tronara.

Costumbrismo canario, relatos: una plaga llovida del cielo; Ana Beltrán.

DOLORES CAMPOS-HERRERO

El ruido del mar

Día y noche. Lo escuchaba a todas horas. Una cantinela infinita que llegaba desde no se sabía dónde.

Tierra adentro, los parajes se esconden entre recodos de nubes y chaparrones repentinos. Las geografías suelen ser recias y ásperas, despegadas de las imaginaciones locas. Como lo son sus habitantes.

Pero tierra adentro, el mar subía por los muros grises de la casa en la que vivía, vieja pero sólida, la que hacía más de un siglo habían comprado sus abuelos. Trepaba por los muros grises durante esas mañanas ventosas de las primaveras que empiezan.

Tal vez, en alguna parte del mundo la galerna jugara con embarcaciones y hombres... Pero frene a la ventana lo que se abría era un paisaje de pequeños montes y brezo.

Lo que ella sabía de los océanos, lo sabía por los pocos libros que había manejado de niña, en la escuela, porque ni siquiera había estado jamás en una playa.

Es verdad que en otro tiempo le hubiera gustado. Pero el ruido del mar, las olas que rompen incansables sobre los muelles pequeños y las falúas frágiles, se le había metido en los oídos y era ya todo cuando escuchaba.

Fieras y ángeles, un bestiario doméstico. Dolores Campos Herrero.

ISABEL DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ

10 de abril de 2009

San Ezequiel

Querida tía,

Las dos nacimos en un pueblo dulce. Un pueblo en el que se cultivaba y procesaba la caña de azúcar en los ingenios. Y hoy muchos de sus barrios conservan topónimos referentes a las partes de la caña de azúcar como son La Bagacera, El Sequero o El Carrizal, también azucarado como el jugo del carrizo. Una villa dulce y amante del arte y de la belleza. En gran medida, tú colaboraste a esa belleza con tus calados, bordados y sabrosos platos típicos de la gastronomía de Ingenio. Preparabas la sopa de pan de puño con hierbahuerto, el mojo para el pescado salado, el sancocho. El frangollo, el gofio amasado. Sin embargo, reservabas la carne de cochino en adobo y frita, o el cabrito para las ocasiones especiales. Cocinabas platos sencillos y exquisitos.

Tengo que contarte que mucho después de tu marcha, con el paso de los años, la gente del pueblo empezó a disfrutar de ese invento llamado nevera. Ustedes ya habían oído hablar de ella. Posiblemente, los primeros modelos aparecerían en las películas americanas en blanco y negro que pasaban en el cine Morales. Pero tú no ibas al cine. Y mucho después, cuando las neveras empezaron a llegar al pueblo, eran un artículo de lujo.

Te cuento, tía, que a la nevera, ese armario que funciona con luz eléctrica y que mantiene en su interior las hortalizas, carnes, pescados y todo tipo de alimentos a muy baja temperatura para que se conserven durante largos períodos, hoy no le damos importancia alguna. Pero si hubieras podido disponer de esa herramienta tan cómoda de la que disfrutamos en la actualidad, sin duda habrías sido mejor cocinera.

Cartas de una mujer de hoy a una novicia de ayer, Isabel Domínguez Sánchez.

IGNACIA DE LARA

Por los mares

Se hizo a la mar la nave tras borrascas terribles
que dieron a la quilla vigores y constancia,
conservaba el velamen su gallarda prestancia
aunque bogando en rutas de faros invisibles.

Entre dos lontananzas de anhelos indecibles
se enrolaba el alma la marina gracia,
que venía de algún puerto perdido en la distancia
y a veces... de una playa de arribos imposibles.

Por no escuchar el ruido del íntimo océano
Quise dormir en calma, y se entreabrió la mano
Enjoyada en recursos con que el timón cogía,

Y al borrarse en lo oscuro los rumbos siderales,
Se me pierde en las cuatro derrotas cardinales
La nave sin gobierno de mi melancolía.

En: *Lunas de la voz ausente, antología escritoras canarias de la primera mitad del s.XX*. Blanca Hernández Quintana.

CHONA MADERA

¿Hasta cuándo?

Isla mía, levántame la soledad que siento;
que se deshaga en aire tu muro de aislamiento.

A veces me parece habitarte y sola...

¿Tú, hasta cuándo tu mar, tur arrecifes,
cárcel en que me muevo?

Acaso tú también tienes un alma

De soledades llena,

Y, al reverter el mar sus aguas en tu arena,

Apaga en sus rumores el canto de tu pena.

En: *Mujeres en la isla*, María del Carmen Reina Jiménez.

CORALIA QUINTANA

Hijas de la bruma

Recordaba la bruma acompañándola desde siempre. Durante muchos días del otoño, el invierno y buena parte de la primavera, su pueblo, cercado por montañas, se cubría con una capa de aquella dulce neblina. Si el soplo de los vientos alisios no era capaz de arrastrarla hacia las cumbres, permanecía allí varias horas atrapada por las montañas. Podía resultar molesta para algunos, pero la profusa humedad que desprendía y porque nublaba la vista a pocos metros. Pero para Lucía no lo era, en absoluto. La bruma había sido compañera de juegos infantiles para ella y sus hermanos. Le servía de excusa cuando tardaba en responder a las llamadas de su madre y cuando se retrasaba al volver de la escuela porque se había quedado charlando con doña Concha, su maestra. La bruma de marzo le devolvía a su padre, que regresaba a casa tras acabar la trashumancia hacia las zonas más cálidas de la isla; adoraba cómo su figura se iba haciendo más nítida a través de la espesa capa de humedad y cómo abría su pecho para acurrucarla en el abrazo que la pequeña Lucía había ansiado desde el día de su partida.

Así que, en ese momento, en aquella cueva, agradeció la presencia de la bruma como quien agradece una mano amiga que se tiende a para ayudarla a levantarse.

CARMEN LAFORET

La isla y los demonios

Nadie lo habría pensado, en verdad, viendo tantos secos riscos y en cada hoyo templado, cultivos de la mano del hombre: flores y platanares, tomates y plantaciones de tuneras en cuyas anchas hojas, que se limpian de púas, se cría la cochinilla, y que parecen campos de fantasmas cubiertos por sábanas blancas.

Marta sabía que entre aquel caos de montañas que se ven desde el puerto de Tejada, custodiados por los roques del sur: Nublo y Bentaiga, hay kilómetros de pinares ardientes y secos, en tierras de lava, los pinares de Pajonales. Ella no los había visto nunca.

Tamadaba es un pinar algo, al final de la carretera del Norte. Para llegar a él, en aquella época, había que seguir varios kilómetros a caballo a pie entre los campos. Luego se recibía un premio de soledad y belleza. El pinar se corta en un tajo alucinante de ochocientos metros a plomo sobre el mar. Marta se informó mucho sobre aquel rincón desconocido para ella y amado desde que albergaba a Pablo. Sabía que la luna creciente estaría iluminando nieblas frías en el bosque. Que en los atardeceres, Pablo vería recortarse sobre la superficie.